

PEDAGOGÍA Y MEDICINA

Ángel C. Moreu (coord.)



UNIVERSITAT DE BARCELONA



Este libro recoge entre sus páginas textos, conferencias y otros materiales generados en el Seminario Pedagogía y Medicina que tuvo lugar en el Aula Alexandre Sanvisens del Departamento de Teoría e Historia de la Educación de la Universidad de Barcelona, durante los días 12 y 13 de diciembre de 2007, año del centenario de la publicación del *Compendio de Psiquiatría Infantil*, escrito por el pedagogo Augusto Vidal Perera, y año también de la concesión del premio Garanto Alós al psicopedagogo Miguel Meler Muntané, inductor en España de los estudios de pedagogía terapéutica.

PEDAGOGÍA Y MEDICINA

Ángel C. Moreu (coord.)

Publicacions i Edicions



UNIVERSITAT DE BARCELONA



ÍNDICE

I. INTRODUCCIÓN

Pedagogos y médicos, una relación milenaria <i>Ángel C. Moreu</i>	11
--	----

Paraules d'obertura <i>Maria Rosa Buxarrais Estrada</i>	25
--	----

II. CENTENARIO DEL *COMPENDIO DE PSIQUIATRÍA INFANTIL* DE AUGUSTO VIDAL PERERA (1907-2007)

En el centenari de la publicació del primer llibre de text de psiquiatria infantil en castellà <i>Edelmira Domènech Llaberia</i>	31
--	----

Alfred August Vidal Perera en el context de creativitat i d'innovació a la Barcelona de la fi del segle XIX i de la primera dècada del segle XX <i>M^a. Luisa Gutiérrez Medina</i>	41
---	----

La trajectòria professional de Vidal Perera a Granada, Tarragona i Ossa <i>Ángel C. Moreu</i>	69
---	----

III. HIGIENISMO

La Higiene i la Medicina Escolars. De Pere Felip Monlau a Lluís Sayé <i>Jordi Monés i Pujol-Busquets</i>	83
--	----

IV. MIQUEL MELER Y LA PEDAGOGÍA TERAPÉUTICA

El Doctor Miquel Meler i Muntané

Antonio Sánchez Asín 119

Humanismo y trascendencia en la Pedagogía Terapéutica
de Miguel Meler

Conrad Vilanou y Ángel C. Moreu 123

V. BIBLIOGRAFÍAS

Referencias bibliográficas sobre Pedagogía y Medicina

Ángel C. Moreu y Francesc Calvo Ortega 155

I

INTRODUCCIÓN

PEDAGOGOS Y MÉDICOS, UNA RELACIÓN MILENARIA

ÁNGEL C. MOREU
Universidad de Barcelona

No es la primera vez que orientamos nuestra investigación y dedicamos no pocos escritos al tema de la relevante aportación de los médicos a la fundamentación de la pedagogía como teoría, como campo de experimentación y como práctica educativa. Y si nos situamos del lado de la pedagogía, también hemos recorrido la senda que descubre la aportación de los pedagogos al desarrollo de algunas parcelas comunes con la práctica de la medicina, como la higiene o la psiquiatría infantil. Pero tanto las historias de la educación como las de la medicina, encerradas muchas veces en sus respectivos ámbitos e intereses profesionales –defecto endémico en la historiografía contemporánea de las disciplinas– a veces abandonan el análisis de una realidad siempre híbrida y poco dada a encasillamientos artificiales. Efectivamente, en la realidad sociocultural hay entornos que se resisten a ser ordenados desde la autoridad de una sola disciplina, haciéndose necesarias e ineludibles las referencias a la sociología, la psicología, la política, la economía, la filosofía, la antropología, la historia o las ciencias de la naturaleza. Los más interesantes *science studies* de la actualidad apelan finalmente a la interdisciplinaridad o a la tansdisciplinaridad como recurso ineludible para asomarse al conocimiento.

Desde una perspectiva comparada resulta que, desde los tiempos más lejanos de la civilización occidental, tanto médicos como pedagogos han intentado dar respuesta a las necesidades que se iban planteando relacionadas con el conocimiento, la conservación y el perfeccionamiento de todo lo humano. La colaboración y la complementariedad desvelan momentos o situaciones en que la superación de problemas sociales, relacionados con aquellas necesidades humanas, aconsejaron una teoría y una práctica comunes. Otras veces ha sido el enfrentamiento y la polémica lo más visible de esta relación médicopedagógica. Pero, a fin de cuentas, los resultados de este compartir camino durante siglos se contabilizan con un saldo muy positivo tanto para la

historia de la educación como para la historia de la medicina. Es el caso de la pedagogía terapéutica, la psicopedagogía, la higiene o la psiquiatría infantil, por citar sólo algunos de esos resultados que sentimos más cercanos en el tiempo.

Antropología medicopedagógica en la tradición grecorromana

El esfuerzo continuado que mantuvieron los griegos para entender la realidad se acompañó siempre de una inquietud humanista, que se manifestaba ya en los discursos de los primeros filósofos naturalistas de la Grecia prepericlea, y que había de fructificar de manera más o menos explícita en la mayoría de los paradigmas que construyeron la cultura occidental hasta el declive del aristotelismo en el siglo XVII. Seguir los avatares de la tradición aristotélica, de las tradiciones medicofilosóficas del hipocratismo y del galenismo, y de los discursos educativos que, enraizados en la idea de *paideia* -también de *humanitas*- fueron y son todavía hoy objeto de recurrencia, proporciona información y elementos para abordar y enjuiciar los términos en que siempre se configuró el saber pedagógico.

Fijando, pues, la mirada en los orígenes de la civilización occidental, podemos citar la obra de Cornelio Celso, Areteo de Capadocia, Sorano de Éfeso, Celio Aureliano, Claudio Galeno o Alejandro de Tralles, como representantes de una incial psicología médica durante el período grecorromano. Resulta relevante indicar cómo Sorano ya destacaba la preocupación de los escritores médicos por fijar la edad para el inicio de la educación de los niños, o cómo Alejandro de Tralles ensayaba técnicas psicoterapéuticas muy primarias intentando anular las “ideas falsas” de sus pacientes. Galeno, por su parte, aconsejaba a los médicos que se preocuparan de la evolución intelectual y de la educación de las personas, advirtiéndoles que la formación no había de ser competencia exclusiva del pedagogo. Por otra parte, durante este mismo período, ya se observa una preocupación compartida entre médicos y pedagogos por el cuidado de la primera infancia, presente en tratados de medicina y educación desde entonces hasta hoy.

En el marco de lo específicamente educativo, Lucio Anneo Séneca, independiente y asistemático, consideraba la necesidad de conocer al niño en su individualidad, apoyándose en la tradición medicofilosófica de los temperamentos. También Marco Fabio Quintiliano, con sus orientaciones psicoeducativas, dejó tras de sí interesantes reflexiones cuyo eco resuena hasta hoy en orientaciones psicopedagógicas dirigidas a padres y educadores.

El último baluarte de la cultura grecorromana, el constituido por las escuelas helenísticas de Alejandría, mantuvo encendida la antorcha del aristotelismo, a veces mezclado con aportaciones neoplatónicas, hasta su caída en manos árabes en 640. Roma había representado la síntesis entre helenismo y judaísmo, antes de que desde el ámbito de la cultura árabe se emprendiera una febril labor de recuperación, interpretación, contaminación y, más tarde, transmisión de los textos grecolatinos en el primer Renacimiento.

Durante el período de la alta Edad Media se había generado un divorcio en los discursos experienciales medicopedagógicos, que se caracterizó por un estancamiento en el estudio de la naturaleza. Isidoro de Sevilla y Beda el Venerable, continuadores de la tradición enciclopédica de la obra de Boecio y Capella, fueron durante siglos casi la única referencia para el estudio de las *naturas* en las instituciones educativas monásticas y catedralicias. Y es que San Agustín había alejado al hombre de la naturaleza con gran eficacia; efectivamente, desde un punto de vista sociocultural, todo lo que representó la polis o la ciudadanía romana desapareció ante la imagen de la ciudad celestial, trocándose el *in civitate recipere* en un acceso al reino de los cielos condicionado a la observancia de la ley divina en el mundo.

El reinicio de los contactos entre médicos y pedagogos –lo hemos apuntado más arriba– tendrá lugar en los procesos de recuperación de la filosofía grecolatina que se inicia, casi sigilosamente, ya en la baja Edad Media; unos procesos que constituyen los primeros signos del desorden epistemológico que va a producir, poco después, el resquebrajamiento del imperio escolástico, justo cuando esa monumental estructura teológica, política y cultural de la cristiandad comienza a

desmembrarse en un proceso secularizador que habrá de convivir con la debilitada –aunque no impotente– cultura tradicional durante los primeros siglos de la modernidad.

La interacción medicopedagógica premoderna: un mundo por explorar

La Península Ibérica constituye una incomparable atalaya desde donde observar el reencuentro del Occidente cristiano con la filosofía natural grecorromana. Efectivamente, con bastante antelación al Renacimiento se observa en la geografía peninsular una presencia y un uso experiencial de las aportaciones procedentes del mundo clásico en los círculos culturales árabes y judíos. No se puede esquivar esta realidad, que –como recuerda Márquez Villanueva– sigue demandando la revisión de algunos lugares comunes de la historiografía española de los siglos XII y XIII. Sobre todo en el primero de los siglos nombrados, por la presencia de autores peninsulares en la que se considera como época de máximo esplendor de la filosofía y la ciencia árabes; y en el segundo, por la ingente obra de Alfonso X, quien, como el *rex magister* de una de sus *Cantigas*, manifestó en su política una preocupación por el conocimiento del hombre en su vertiente histórica, social y natural.

Alfonso X representa la entronización de un humanismo que acoge en su seno todo el diverso horizonte cultural del medioevo, que era a un tiempo occidental y semítico, y que tenía poco que ver con las elucubraciones metafísicas y teológicas de París. La inactividad observable en el ámbito de la cristiandad durante tantos siglos respecto a los saberes experienciales hace comprensible el atractivo que ofrecía esa nueva doctrina, la *doctrina arabun*, que incluía el estudio del mundo físico-natural: las *naturas*.

La historia había comenzado siglos antes, durante el califato abbasí, cuando al-Ma'mun organiza en Bagdad un centro de traducción, la Casa del Saber (Bayt al-Hikma), donde cristianos nestorianos de Siria traducen al árabe textos de ciencia y filosofía griegas; una tarea a la que, a mediados del siglo X, se une la Córdoba califal. Al poco tiempo

llegan a algunos monasterios cristianos traducciones de textos científicos, obra de monjes mozárabes. De manera que las embajadas de los reinos cristianos del norte regresaban de Córdoba con traducciones de libros arábigos. Los monasterios catalanes de Ripoll y Vic fueron sin duda escala obligada para los viajeros del norte que venían a España al encuentro de la nueva doctrina.

El peso específico de la España cristianomusulmana no es simplemente vehicular en lo que se refiere al reencuentro de Occidente con la cultura grecolatina. La aportación de filósofos y médicos comentando, depurando o enriqueciendo con obra propia el legado clásico, en la teoría y en la práctica, es hoy de difícil discusión. En esta historia es imprescindible destacar las aportaciones del zaragozano Avempace o las de los cordobeses Maimónides y Averroes; todos ellos poseedores del perfil de filósofo oriental (los sabios árabes perseguían en su inquietud cultural una dimensión multidisciplinar que les llevaba a compaginar la filosofía con el estudio de la medicina, la astronomía, las matemáticas, y la ciencia en general), y, por tanto, de gran interés para el desarrollo de esas parcelas que se integran en la intersección medicopedagógica.

La medicina es la provincia científica donde mejor se observa la reentronización de las *naturas*. Los saberes médicos grecolatinos, con el inseparable marchamo judeoárabe que les había proporcionado el proceso arriba indicado, tienen tres enclaves de referencia en la época: el centro médico de Salerno, la escuela de Montpellier, y la escuela *de aráuigo* sevillana, menos conocida que las anteriores, y en la que Alfonso X quiso reconocer, potenciar y reunir maestros y estudiantes localizables en *madrasas* y *madhabs* para el estudio de las *naturas*.

Implicaciones psicopedagógicas de la medicina y la pedagogía renacentistas

Los efectos del reencuentro descubren nuevos referentes poco después: Ramón Llull recoge de forma definitiva en su árbol de la ciencia la incorporación del saber de la naturaleza a los conocimientos que una persona necesita para la vida. Concretamente, y al referirse a la forma-

ción de Blanquerna, propone que aprenda la filosofía natural que había de facilitarle el estudio de la medicina para conservar la salud del cuerpo. Otro referente es el médico Arnau de Vilanova, figura clave en el proceso de consolidación de la medicina árabe en Occidente, y autor de un texto sobre educación titulado *Tractatus de prudentia catholicorum scolarium*, además de su más conocido *Regimen sanitatis*.

Otro dato de especial relevancia se halla en la recuperación de la consideración de enfermos para los afectados por problemas de origen espiritual, como los melancólicos, que, durante el período de olvido medieval (Postel y Quetel afirman que la etiología de las enfermedades mentales se plantea únicamente en Agustín de Hipona, Isidoro de Sevilla y Tomás de Aquino), habían quedado a merced de exorcismos y otras prácticas magicorreligiosas, como la brujería. Se trataba de la culminación de un proceso que se fue desarrollando entre los siglos VII al XIII, en el transcurso del cual aparecen documentadas las primeras instituciones dedicadas en exclusiva o que atienden enfermos mentales, como el hospital de Metz (1100).

La recuperación de los autores clásicos orientó la producción teórica y la práctica de los médicos filósofos del Renacimiento en torno a dos tradiciones que se recuperaban de la cultura grecolatina, a saber, la humanística o socrática y la médica o hipocraticogalénica. Filosofía y biología forman parte por igual de la producción filosófica y médica de este período, destacando en ella el estudio del cuerpo y la naturaleza del hombre mediante la disección anatómica y las orientaciones para la conservación de la salud, junto a una preocupación por la infancia que favorece la aparición de gran cantidad de tratados monográficos sobre esta franja de edad.

Así pues la anatomía, la higiene y la paidología renacentistas contribuyeron a la fundamentación de una nueva pedagogía, presente en la obra de médicos, filósofos y profesores de la cada vez más pujante institución universitaria.

Puede parecer un tanto sorprendente que la psicología médica comience a definirse a partir de las aportaciones de los anatomistas de la tra-

dición hipocrática, cuyo materialismo llevaba a considerar la *psykhé* como una parte más del cuerpo, y, por lo tanto, localizable en él. Junto a da Vinci, prototipo del *homo universalis* renacentista, hay que citar a Vesalio, a Rabelais –de quien hay que leer con atención la carta de Gargantúa a su hijo– y a los españoles Miguel Servet, Lobera de Ávila y Andrés Laguna.

Respecto al segundo ámbito, el de la higiene, durante el Renacimiento resulta difícil separarlo de la producción pediátrica y de la atención a la infancia en general; una atención que ya en aquel tiempo recibió el nombre de *Paedologia* en la obra homónima del humanista alemán Pedro Shade Mosellano.

La producción pediátrica renacentista española, italiana y alemana, junto a la fundamental aportación judeoarábica española de los siglos XI al XIII, nos descubre los aspectos relacionados con las orientaciones para la conservación de la salud y la prevención de la enfermedad, los aspectos educativos del ámbito de la puericultura, y todo lo que hace referencia al tratamiento de las psicopatologías infantiles. Más que un valor de creación, la pediatría renacentista posee el atractivo de constituir un *corpus* que engloba experiencias de práctica médica, investigación, consideraciones morales, consejos y advertencias contra supersticiones, y normas de higiene, a partir de la copia, el comentario, la traducción o la reelaboración de lo ya descrito desde provincias del conocimiento situadas a la otra orilla del cristianismo, fueran éstas gentiles, árabes o judías.

Por su parte, los pedagogos humanistas del Renacimiento, partiendo también de un indudable interés por lo que al conocimiento y desarrollo del hombre se refiere, habían marcado una clara frontera con los científicos de la época; una frontera que se mostró efectiva, en parte, gracias a su influencia en los planes de estudios, prácticamente circunscritos a las humanidades. Junto a este dato, la obra de los pedagogos polígrafos humanistas del siglo XVI encierra aspectos de indudable interés para la construcción del entorno psicopedagógico, que no siempre proceden de sus grandes tratados sobre educación. Ese interés se halla en obras consideradas menores, como los diálogos o coloquios

que muchos de ellos escribieron en forma de libro de ejercicios para el aprendizaje del latín. Junto al ya citado Shade Mosellano, escribieron diálogos de este tipo Luis Vives y Erasmo de Róterdam, entre otros muchos.

Por último, el Renacimiento fue escenario de recuperación, también, de las teorías sobre el temperamento humano que surgieron a partir de la ampliación y desarrollo de la tétrada de elementos primarios (aire, fuego, tierra, agua), descrita por Empédocles de Agrigento. Hablamos de uno de los pasos de mayor trascendencia en la evolución de la concepción mitológica del universo hacia el paradigma lógico: la descripción de arquetipos exegéticos de la realidad del mundo visible, con presencia tanto en la Grecia prepericlea como en anteriores producciones filosóficas y médicas del antiguo Oriente. Tras su utilización por Aristóteles para sistematizar potencias o cualidades, la tétrada del agrigentino se amplía y sirve para establecer las cuatro estaciones climáticas junto a una división antropológica de la edad de las personas (infancia, juventud, madurez, vejez). Las posibilidades didácticas de la explicación tetrádica basada en los elementos y sus desarrollos estarán presentes en prácticamente todos los ámbitos de la vida y el pensamiento humanos durante siglos. No resulta extraño, pues, que la teoría de los humores, que se inicia en el *Corpus Hippocraticum*, acabe formando parte de los diagramas y las explicaciones tetrádicas de los elementos en la síntesis galénica.

Así pues, la estructura elementos-humores-temperamentos está presente ya en el mundo clásico. En este sentido resulta fundamental la comparación que establece Vázquez de Benito entre las fisiologías de Aristóteles, Galeno y Averroes, de la que se concluye que la extensión de los fundamentos anatómicos y fisiológicos hacia áreas relacionadas con aspectos psicológicos o sociales de las personas está presente ya en el *Corpus Hippocraticum*. Ello explica la existencia de una cumplida muestra de esta línea de pensamiento durante el Renacimiento. De donde se deduce que no hay que esperar al siglo XVI para detectar la extrapolación o extensión de la teoría humoral a otros ámbitos de conocimiento –psicológicos, sociales o políticos– como a veces se pretende. Quizá la relevancia de una de las últimas sistematizaciones de este tipo,

realizada por el médico navarro Juan Huarte de San Juan en su obra *Examen de ingenios para las ciencias* en 1575, ha animado a algunos a infravalorar o a pasar por alto las aportaciones anteriores y a magnificar con un exceso de entusiasmo el sin duda importante trabajo de Huarte, vigente en Europa hasta el siglo XIX.

Medicina y pedagogía en los inicios del higienismo

La ordenación cartesiana, sancionadora de la división entre pensamiento y materia, vino a reforzar la opción excluyente para las ciencias adoptada por los humanistas del siglo XVI. Y aunque no se puede hablar de un divorcio definitivo entre lo material y lo espiritual, lo cierto es que el árbol de la ciencia o el baconiano *globus intellectualis* perdían vigor ante una cultura que intentaba poner cada cosa en su sitio aunque con una eficacia relativa en la práctica (cabe recordar el contrapunto que representó la obra de Spinoza o Leibnitz). Este golpe de timón, que sanciona un orbe complejo de núcleo duro al que normalmente llamamos Modernidad como lugar común y referente de época, produce determinadas manifestaciones que, desde la reflexión pedagógica y médica, principalmente, son portadoras de claves explicativas sobre el carácter adoptado por la síntesis y consolidación de un saber psicopedagógico que comienza a notarse ya en algunas iniciativas de médicos y pedagogos ilustrados europeos.

La racionalidad se va imponiendo en la polifacética medicina renacentista. Y, si bien puede hablarse de continuidad en los nuevos desarrollos de la medicina pediátrica barroca, lo cierto es que desde los inicios del siglo XVII se observan unos presupuestos doctrinales más rigurosos. Este es el caso de las aportaciones de Luis Mercado, el cual, en su obra *De puerorum educatione...*, se refiere, por un lado, a los temas de crianza, cuidado y protección de los niños; y por el otro, a las patologías infantiles. En conjunto, la obra de este médico puede encuadrarse ya dentro de un más ortodoxo marco escolástico contrarreformista que contrasta claramente con el desorden propio del Renacimiento.

Por otra parte, el protagonismo de la infancia desamparada en los discursos de los arribistas lleva a primer plano la situación de los colectivos de niños marginados que pululan por las ciudades europeas y que acaparan atención y proyectos en los que confluyen legisladores, órdenes religiosas y médicos, principalmente. Las proclamas del arribismo en España hablaban de adopción, servicio a la patria y otras soluciones relacionadas con el trabajo y la educación, mucho antes del clamor regeneracionista del ochocientos y sin una incidencia significativa en la realidad.

Complementando estos movimientos, existieron iniciativas de carácter privado, encaminadas a atender el desamparo, la exposición de niños, o la atención a infantes con deficiencias psíquicas, que daban continuidad a experiencias iniciadas ya en el siglo XIII, y aún antes. Estas iniciativas se ubican tanto en el ámbito religioso como en el laico, y en España siguen los pasos de Vicente Ferrer, Miguel de Giginta o Tomás de Villanueva entre otros. Las instituciones barrocas no abandonan el carácter asistencial de sus antecesoras, y son fundadas por pedagogos, como el oscense José de Calasanz, y también por médicos, como Cristóbal Pérez de Herrera.

Estos primitivos centros de acogida se identificaban con los nombres de inclusas, hospicios, beaterios, hospitales, asilos, colegios, casas de misericordia, de corrección, de arrepentidas, de recogidas, de huérfanos, de caídas, de expósitos, etc., con una importante presencia en la literatura española del Siglo de Oro. Y es en este marco institucional de atención a la infancia donde la concurrencia de discursos entre médicos y pedagogos se amplía y se concreta en un primer escenario de práctica medicopedagógica.

El complemento de este paisaje todavía asistencial lo componen los grandes pedagogos del barroco, Juan Amós Comenio, Wolfgang Ratke y John Locke, que intentaron una difícil síntesis entre las aportaciones del empirismo y el idealismo en la que se ha dado en llamar “pedagogía realista”. No puede establecerse una relación entre ellos y la clase médica –por más que Locke cursara estudios de medicina–, pero sus propuestas preparan el terreno para futuros encuentros entre médicos

filósofos y pedagogos experimentalistas. Efectivamente, Ratke trató de construir su proyecto pedagógico sobre la máxima baconiana que proclamaba que el conocimiento procede de la experiencia. Y Locke, al que hay que considerar autor de la primera sistematización moderna de la educación física, en sus intuiciones psicológicas aconsejaba la observación constante de los niños en las primeras etapas de la vida para comprender después las preferencias de sus pensamientos, sus puntos de vista, sus habilidades y sus dificultades.

Teorías e institucionalizaciones medicopedagógicas contemporáneas

La historia del siglo XVIII europeo se presenta muchas veces como un constructo de tópicos más o menos aceptados por todos, que permiten componer narraciones y entablar diálogos, pero que no aportan luz al conocimiento de la oscura lóbreguez intelectual y social producida por la imparable primacía de la razón que se impone en extensas áreas sobre todo de la Europa continental. *Les lumières*, como fuegos fatuos alentados por las monarquías absolutistas, contrastaban con la lucha contra la oscuridad que mantenían algunos de los más eximios pensadores alemanes empeñados en la necesaria búsqueda de la luz, la *Aufklärung*.

Por otra parte, el panorama intelectual del setecientos presenta, desde el ámbito de la pedagogía, una gran diversidad de ofertas que anuncian ya la polifacética tabla discursiva de la época contemporánea en todo el Occidente culto. Esquemáticamente habremos de citar la pedagogía política que se concreta en importantes movimientos de educación estatal y nacional, el fundamental naturalismo pedagógico rousseauiano, el sensualismo, el filantropismo, el idealismo, etc. Con mayor o menor intensidad todos estos discursos habían de recoger y ampliar las propuestas higiénicas recuperadas durante el Renacimiento.

Y respecto al desarrollo de la medicina durante la Ilustración se puede decir que es también la higiene la gran protagonista. Este reconocimiento de la importancia de la higiene, compartido por médicos y pedagogos durante el período, se complementa con ese sentimiento

optimista, proclamado por la escuela de Helvetius, de que la educación puede conseguirlo todo. Higiene y educación inspirarán, pues, no pocos discursos medicopedagógicos durante el siglo XVIII. Incluso Rousseau, poco amigo de los médicos, se mostró fascinado por el pensamiento higienista.

Pero gradualmente, el horizonte del higienismo se verá enriquecido por los efectos de un espectacular desarrollo de ciencias como la física y la química, que abrirán puertas a una nueva era de la investigación fisiológica, inspirando y consolidando un nuevo método científico para la medicina y las ciencias naturales. Poco antes, desde el ámbito de la filosofía y la pedagogía, J.F. Herbart ya había dejado entrever en las primeras décadas del siglo XIX las posibilidades de una psicología científica; unas posibilidades que habrían de influenciar a dos eminentes médicos filósofos y fisiólogos alemanes: F.G. Fechner i Wilhelm Wundt. Todos estos procesos, que comparten el horizonte común de la biología, propiciaron también importantes descubrimientos dentro del ámbito de la neurofisiología.

Y es entonces cuando la fisiología de las sensaciones se plantea el papel del psiquismo en la información que el sujeto produce a partir de su propia experiencia, abriendo la posibilidad de la experimentación a la psicología, hasta entonces centrada en la especulación filosófica. El despegue de esta nueva psicología “científica” no era más que el inicio de una carrera larga y compleja, cuyo disparo de salida viene identificándose con la publicación de la obra de Wundt *Elementos de psicología fisiológica*, por más que el desarrollo de la experimentación en psicología se produjera simultáneamente en otros lugares y desde puntos de vista diferentes, como el pragmatismo norteamericano, el evolucionismo inglés o la reflexología rusa.

Junto a higienistas y psicofisiólogos, la centuria del ochocientos recoge interesantes desarrollos en psicopatología infantil. Francia y Alemania fueron pioneras en este ámbito. Y ya en la primera mitad del siglo XIX se fundaron instituciones para el tratamiento de niños con alguna deficiencia mental, en las que el tratamiento médico se complementaba con la acción educativa. En Francia, la Salpêtrière y Bicêtre

fueron referentes a imitar en otros países del entorno. Por su parte, en Alemania, la Escuela Levana iniciaba por las mismas fechas su experimentación en pedagogía terapéutica con este nombre (*Heilpädagogik*), desarrollando un campo de investigación que, tras su exitosa institucionalización universitaria en el entresiglo XIX-XX, ha permanecido como especialidad hasta hoy.

De forma semejante a las iniciativas higienistas, la psicofisiología y la psiquiatría infantil encontraron un eco temprano en los círculos de la pedagogía –sin duda alentado por las proclamas de la incipiente paidología–, de manera que a finales de siglo salieron a la luz las primeras monografías de psiquiatría infantil y de psicología pedagógica, en muchos casos dirigidas a la formación de los maestros. En este sentido, resulta relevante destacar que esas primeras monografías medicopedagógicas fueron escritas tanto por médicos como por pedagogos.

Se llegaba así a una normalización en la práctica medicopedagógica que intentaba la concreción profesional de esa coincidencia milenaria en los discursos de médicos y pedagogos. Por primera vez se concebían instituciones en las que la concurrencia interdisciplinaria de pedagogos y médicos permitía la concreción de una teoría y una práctica comunes, no exenta de conflictos y enfrentamientos profesionales. La historia de la medicina, principalmente en sus aspectos pediátricos, psiquiátricos y fisiológicos, y la historia de la educación en los ámbitos de la educación especial, la pedagogía terapéutica, la orientación escolar y profesional, o la educación social, recogen de forma dispersa documentos y monumentos, generados a lo largo de todo el siglo XX, identificables con un discurso medicopedagógico que en la Europa románica e Iberoamérica se reconoce como entorno psicopedagógico.

La práctica medicopedagógica durante el siglo XX constituye un avance en la milenaria concurrencia discursiva realizada en las fronteras de la pedagogía con la medicina, configurándose así un nuevo espacio al que se incorporan en diferentes momentos y con diferentes grados de intensidad y relevancia otras disciplinas como la biología, el derecho, el psicoanálisis o la psicología.

Y es en los inicios del nuevo milenio en que nos encontramos, cuando la endémica debilidad epistemológica de la pedagogía augura tiempos de incertidumbre para esta parcela de la educación ante los cambios que la sociedad del conocimiento impone a la universidad en el siglo XXI. Esta debilidad epistemológica de la pedagogía, que se justifica, entre otras razones, por su tardía institucionalización universitaria, plantea hoy la peculiar paradoja de una educación cuya relevancia y protagonismo sociales son en la actualidad reconocidos por todas las instancias del saber y de la cultura, pero que se muestra carente de un estatuto epistemológico fuerte y consolidado que evite esa dispersión teórica, institucional y profesional que la estigmatiza desde hace siglos.